

un señor Tolteca, llamado *Tecpoyo Acheuauhtli*, (*) señor del Peñol de *Xico*, que no solo le habia instruido en estas y otras máximas de policia, sino que le habia enseñado á cultivar la tierra con sus propias manos, haciéndole conocer el tiempo y sazón en que debería sembrarse, la calidad de las tierras, sus beneficios &c. Por tanto, logró que se cultivasen ya, sembrando aun legumbres que no solo sirven para alimento, sino para recreacion del paladar.

Mr. Jorge. Hé aquí un génio extraordinario, y bienhechor de la humanidad. Entiendo lo mucho que padecería luchando á un mismo tiempo con la ruda naturaleza, y con los hombres preocupados, y bien hallados con su barbárie. Acuérdomé ahora de lo que padeció Pedro el grande de Rusia, para dar al mundo el grande espectáculo de que los *Rusos eran hombres*. ¡Cuántos se dejaron antes matar, que permitir les quitasen las luengas barbas con que se creían hermosos y bien adornados!

Doña Margarita. Por ese principio calcule V. lo que han pasado y pasan hoy nuestros misioneros con las naciones bárbaras limitrofes; los de Californias se han visto sin la asignacion miserable de trescientos pesos que se les daban anualmente para mal comer; se les ha colmado de sarcasmos en varios papeles públicos, mirándolos como á unos fanáticos despreciables.... pero no fijen W. en eso tanto la atencion, fijenla en esos hombres, que destinados por la pátria para hacer su felicidad, ó se desentienden de llenar este sagrado deber, ó cuando llega la vez de trazar el plan de su felicidad futura, la condenan á ser esclava, sin embargo de que sus opiniones erradas se combaten con dignidad y energia, y se les muestra hasta la evidencia que marchan erradamente; esto sí que es inconcebible, y que no creerán las edades futuras.

A los seis años del gobierno de Tlotzin, su hijo el príncipe *Quinantzin*, que con singular esmero habia fomentado la poblacion de Texcoco que era una de las mas hermosas, determinó hacer en ella dos grandes cercados ó sotos, uno para caza, y otro para siembra de maiz (aunque el primero solo merece el nombre de Soto), comenzóse la obra en el año de *once casas*, ó sea el de mil doscientos sesenta y nueve, y en poco tiempo quedaron concluidos. Todavía se reconocen los vestigios de esta grande obra, y yo los he visitado en tierras llamadas de la *Hacienda chica*. Veense allí

(*) *Este hombre merece la gratitud de la posteridad.*

algunos Ahuehuetes colocados en cuadro de un estanque ó alberca. La vista de estas ruinas, el exámen que he hecho del baño de *Nelzahualcóyotl*, situado en la cima de un monte inmediato, en cuya tina de piedra me he metido, y desde donde se presenta la mas hermosa y pintoresca vista del valle de México, y esta linda capital, duplicada en las aguas de la laguna, el descubrimiento de la escalera secreta en forma de racol que á mi presencia se hizo, y por la que se comunicaba el baño con el palacio contiguo (cuyas ruinas tambien existen), y los diversos acueductos de las aguas de las sierras inmediatas, no solo para conducir las al palacio, sino para fecundar aquellos campos que hoy están obstruidos por la maleza y las piedras.... todo esto habló á mi imaginacion, me trasladó hasta aquellos tiempos, y me arrancó un suspiro....

Myladi. V., Señora, jamás hace esta clase de recuerdos, sin que se excite su sensibilidad....

Doña Margarita. Es efectivo, y creo pasará lo mismo por W., cuando recuerden la memoria de aquellos terribles Bretones que con tanto ardor defendieron su libertad, hicieron desistir á Julio César de su conquista, y que saliese de sus playas diciendo.... que los ingleses eran inhospitalarios, porque rechazaron las legiones romanas venidas para esclavizarlos. Terminémos por ahora nuestra conversacion, haciendo un voto solemnemente al cielo, porque los descendientes de aquellos bravos Bretones resistan los ejércitos Rusos, Prusianos y Austriacos, que hoy pretenden quitarles una libertad justa y razonable, conquistada al precio de mucha sangre.

Myladi. Muchas gracias, Señora: iguales votos hago yo al cielo, porque los mexicanos sean libres y felices. Hasta mañana.

CONVERSACION VIGESIMA PRIMA.

Myladi. ¡**C**on cuánto gusto he oído la conversacion de ayer! V. no puede formarse idea del gozo que concibo cuando veo á la cabeza de un Pueblo un Monarca justo y bené-

fico, ocupado de formar su felicidad; así como me llena de horror la sola idea de un tirano.

Doña Margarita. Pasa por mí lo mismo, Señorita, y así como ha desfrutado V. la complacencia de admirar á *Tlotzin*, también tendrá V. el desplacer de oír las crueldades de un *Tezozomoc*, y de su hijo *Maxila*, cuando me llegue la vez de referir sus hechos.

A imitación de *Quinantzin*, y obligados sus súbitos, menos por sus órdenes que por su ejemplo, se dedicaron á hermosear la ciudad de *Texcoco* con nuevos edificios, y con el cultivo de las tierras inmediatas. Complacióse mucho de esto el Emperador su padre, y viendo que se acercaba ya el príncipe á los cincuenta años, que su elevado espíritu y ánimo grande, junto con una singular viveza y genio activo no le permitían estar ocioso, de modo que para tener en que ocuparse formaba diariamente nuevos proyectos; resolvió con maduro acuerdo y sábia política, darle la investidura, y hacerle jurar Rey de *Texcoco*, agregándole á esta capital varios pueblos inmediatos que formasen un reino; cedióle sus rentas, y el mero mixto imperio, sin feudo ni obligación alguna, para que satisfecho de esta suerte su corazón con el esplendor de la magestad, y ocupado continuamente su entendimiento en negocios del gobierno, estuviese lejos de proyectar alguna cosa que turbase la paz pública.

Mr. Jorge. Ocupar á un príncipe en el despacho de los negocios, y llamarlo al gabinete para que aprenda en él como en una escuela el modo de gobernar algún día el reino, me parece cosa prudente; pero no el destinarle un reino en que mande como absoluto, pues eso es despertarle la ambición, y que aseche la vida de su padre para mandar solo; no creo fué prudencia colocarlo inmaduramente en el reino de *Texcoco*.

Doña Margarita. Opino como V. en esta parte; porque si un jóven heredero aspira por lo comun á percibir la herencia de su padre, y aun suele asechar á su vida, ¡cuánto mas no lo hará para poseer un reino! La juventud es inquieta y ambiciosa. En fin, la coronación se verificó con asistencia de todos los principales señores del imperio con la mayor magnificencia, y su mismo padre puso la corona en sus sienes. Este suceso se fija en el año de un *pedernal*, que corresponde al de mil doscientos setenta y dos. Mandó al mismo tiempo el Emperador que su hijo el infante *Nopaltzin* se quedara en *Texcoco*, acompañando á *Quinantzin* y ayudándolo en el gobierno. A su hijo tercero *Tochintzin*, le hizo merced de la población de *Huexotzinco*, situada á la otra ban-

da de la Sierra Nevada, y á su falda por el Oriente, la cual era ya ciudad grande, y poblada de Chichimecas súbditos de *Xolótl*, á la que agregó otros pueblos y tierras de su comarca con el señorío de ellas. Dióle por compañeros á dos hijos del difunto rey *Huetzin* de *Cohuatlicán*, llamados *Chicomacatzin*, y *Tlacatlantzin*, y á otro señor principal llamado *Quauhilitentzin*, para que todos cuatro juntos gobernasen el señorío, y dividiesen entre sí sus rentas. Al cuarto hijo, el infante *Xihquetzaltzin*, le dió el señorío de *Tlaxcala*, que también estaba de la otra banda de los montes á la falda de la famosa Sierra conocida entonces por *Mallacueye*, en que había ya bastante número de poblaciones. Dióles también por compañeros á otros dos hijos del rey *Huetzin* llamados *Quahlatzin*, y *Memezoltzin*. Algunos quieren que este sea el origen y principio de la célebre república y senado de *Tlaxcala*; pero es constante por las historias de esta nación, que en estos tiempos, y muchos años despues, mandó y gobernó solo y como absoluto el infante *Xihquetzaltzin*, á quien dieron el renombre de *Culhua Tecuhtli Quánex*, ó sea el *cabe-llero Culhua que es cabeza*.

Mr. Jorge. Yo desearía, antes de que V. pasase adelante, que nos diera alguna noticia circunstanciada de esta nación famosa.

Doña Margarita. Reparo mucho en ese epíteto famosa; puede serlo por su valor, mas no en el sentido que V. quiere aplicarle. Sin duda la llamará V. tal porque ayudó á los españoles á subyugar este continente, y hacerlo esclavo, quedando ella sumida en la misma servidumbre que preparó á los mexicanos; bajo este aspecto no es, ni puede ser famosa, sino odiosa, como lo es todo el que contribuye á hacer un mal general, ó como dice el refrán, el que se saca un ojo por sacarle dos á su enemigo. Yo no abrumaré á este pueblo con la fea nota que merece, harto caro ha pagado ese auxilio y esa venganza; perdió su independencia, su libertad, y cuanto se puede decir: cambió estos preciosos bienes por unos pergaminos viejos, estampados con las armas reales de España, en que le llamaba Pueblo Nobilísimo, le exceptuaba del tributo anual, al mismo tiempo que sacaba á millares sus hijos para que fuesen á pelear al lado de los españoles, y á colonizar en los puntos mas distantes, con el fin de que debilitados de este modo no les pudiesen exigir el cumplimiento de la estipulación celebrada con *Cortés* en *Tepeaca*, de entrar con ellos á la partija de lo conquistado... ¡Infelices! en breve pagaron su bobería, y hoy están reducidos á nulidad; des-

apareció su población y su riqueza; sus ciudades están hoy reducidas á polvo y escombros, y son guaridas de buhos, ó tecolotes y lechuzas, que recuerdan y lloran su pasada existencia, alternando en sus cantos lúgubres con los manes del anciano *Magizcatzin*, el único hombre á quien debió Cortés su engrandecimiento y conquista. En fin, daré á V. gusto en lo que me pide haciendo una digresion del asunto que tratábamos, cuyo hilo volveré á tomar despues. En esta vez será mi guía D. Alonso de Zurita, que se dedicó á escribir la historia de este pueblo. Están de acuerdo éste y otros escritores, en que los Tlaxcaltecas eran una de las tribus antiguas Teochichimecas que vinieron en seguimiento de sus parientes y amigos, y trajeron consigo á su dios *Camaxtle*: que pasando por grandes echiceros y nigromantes, eran de todos muy temidos, y nadie osaba enojarlos; mas visto por sus comarcas que ocupaban muchas tierras y se enseñoreaban de ellas, temieron que prevaleciesen y los subyugasen, tanto mas, cuanto que daban muy malos tratamientos á sus vecinos; por semejante causa los vecinos Tecpanecas, Culhua-mexicanos confederados entre sí, se propusieron lanzarlos del punto que ocupaban, y era conocido con el nombre de *Payauhlan*. No podré fijar esta época, pues aunque el Sr. Zurita dice que fué en la de *Huitzilihuitl*, segundo Emperador de México, en el año de un conejo, esto necesita una discusion histórica que no es del momento. Reuniéronse al efecto grandes huestes, así por tierra como por la laguna, en cuya orilla estaba situado *Poyauhlan*. Los Teochichimecas (á quienes por mayor claridad llamaré desde ahora *Tlaxcaltecas*) estaban sobre aviso, y fácilmente les salieron al encuentro; su defensa fué tan obstinada y terrible, que desde donde ahora está el pueblo de *Cuauhlinchán*, hasta el de *Chimalhuacán*, y por toda aquella marina de la laguna, corrieron arroyos de sangre enrojándose el agua en toda la ribera, por lo que regresaron victoriosos á su primer establecimiento. En memoria de tan sangrienta batalla todavia en los dias del Sr. Zurita comian los indios cierto marisco llamado *Izcahuilli*, que tiene color de sangre (*) requemada, á manera de lama encarnada, y querian decir que la sangre que allí se derramó se convirtió en dicha lama; fábula ridícula, pero que sirvió para perpetuar la memoria de aquella guerra. Con este convencimiento quedaron tan enorgullecidos los Tlaxcaltecas, que cuando Mochte-

(*) Podrá ser el que llaman Acotzil, que se vende en la plaza del Volador, y especie de pequeño camaroncillo.

uzoma segundo les exigia tributo, y amenazaba con la guerra, el Senado lleno de dignidad le mandó decir: „que *Tlaxcala* no era tributaria de ningun pueblo... y que se acordase de la batalla y triunfo que obtuvieron sus mayores en *Poyauhlan*:” recuerdo que no quedó en fanfarronada, como á su tiempo probaré.

Convenidos los Tlaxcaltecas con los de Texcoco en que se retirarian á poblar á otras regiones, les dieron éstos guias que los condujesen (*), quedando convenidos en que se favorecerian en lo sucesivo mutuamente (**), y partieron por las altas Sierras de *Tlalóc*, que son las que hoy llamamos de *Rio frio*, lugares umbrosos y pintorescos. Presumieron que estuviesen despoblados, pues no veían fuego de noche, ni humo de dia, de lo que se alegraron, é hicieron grandes fiestas al ídolo *Camaxtle*, que guiaba la marcha; esto es lo que noto mas principal en cuanto á esta peregrinacion; el Sr. Veytia, ó no vió los escritos del Sr. Zurita, ó no se conformó con ellos en esta parte. Supone que recibieron de *Quinantzin*, soberano de Texcoco, á su hijo *Quiuhquetzaltzin*, que se estableció en aquel señorío, y que cuanto se holgaron los Tlaxcaltecas de la eleccion de su nuevo Soberano, sintieron los de Huexotzinco que el infante *Tochintzin* no se hallase bien en su ciudad, porque apenas entró en ella cuando se regresó á Texcoco, suspirando por el bullicio de la corte, y la concurrencia de Huexótlá, donde se habia criado al lado del general *Tochintecuhlli*, señor de aquel lugar, y prefirió vivir como particular en Texcoco, que como Régulo de *Huexotzinco*; por tanto, solo quedaron los infantes hijos del Régulo *Huetzin*, y el Sr. *Quauhtlitentzin*, de quienes procedieron los demás señores que en lo sucesivo gobernaron esta república, y *Tochintzin* poco tiempo despues casó con *Tomiauh*, hija de *Tochintecuhlli*, señor de Huexótlá, á quien heredó en el señorío por falta de varon. Al mismo tiempo hizo *Quinantzin* merced de la ciudad de *Tlazalan* en que habia vivido, á un hijo natural llamado *Tlacateotzin*. *Quinantzin* habia puesto la guarda y gobierno de sus bosques y jardines al cuidado de dos caballeros llamados *Yenex*, ó *Quauhcoztzin*, y *Ocotox*, que era aquel capitán Chichimeca, de quien otra vez dije, que coligado con *Yacanez* habia intentado quitar la vida alevosamente á los príncipes *No-*

(*) Segun el Sr. Zurita:

(**) Así lo cumplieron, auxiliando despues á *Netzahualcóyotl* para que recobrase su trono usurpado por *Maxtla*, tirano de *Atzacapotzalco*.

paltzin y *Tlotzin* dentro de sus bosques de Texcoco. Este, pues, habiendo escapado entonces la vida con la fuga entrándose tierra adentro, tuvo allá noticia de que *Quinantzin* se había coronado en Texcoco, y la fama que se había divulgado de su generosidad y clemencia, fama justa y bien merecida. Fiado en ella se le presentó á pedirle perdon de su delito, que obtuvo, y conociendo su valor le nombró junto con *Yenez* super-intendentes y guardas de sus bosques; mas faltando al cumplimiento de su obligacion ambos, se propasaron al exceso de ser ellos mismos los que mataban la caza para aprovecharse de ella. Súpolo *Quinantzin*, y antes de tomar providencia alguna averiguó con mucha exáctitud la verdad del hecho; y constándole ser cierto, se contentó su piedad con separarles de sus empleos desterrándolos; mas ellos en vez de mostrarse agradecidos (*), se propasaron al atrevimiento de responder á los ministros del Emperador cuando vinieron á intimarles el destierro, que no querian obedecerle, tomaron las armas, sublevaron el pueblo, y tuvieron el arrojo de quererse apoderar de la ciudad. El Emperador, con la brevedad que pedia el caso, dando bizarramente sobre ellos, los rechazó quedando muertos muchos de los sublevados, mas estos cabezillas tomaron la fuga. Los traidores caballeros que se les asociaron para cometer el crimen, fueron á unirse á *Yacanez* para ejecutar otra nueva traicion.

Cuando *Quinantzin* se trasladó de Tenayócan á Texcoco, dejó de gobernador de aquella ciudad á su tío *Tenancalcaltzin*, hermano bastardo de su padre. No deseaba este otra cosa para poner en ejecucion el depravado proyecto de apoderarse del imperio; así es que luego que se ausentó el Emperador comenzó á levantar gente, y avivar sus negocios para atraer á su faccion á los principales señores del imperio. Consiguiólo en breves dias, entrando en la liga muchos señores, y entre ellos *Aculhua* segundo de Atzcapotzalco, que aunque miraba con aficion la corona imperial, hubo de ceder por entonces con la esperanza de quitársela despues al usurpador. Hizose éste proclamar Emperador, y se coronó solemnemente en Tenayocan. Suceso tan inesperado sorprendió á *Quinantzin*, que en

(*) *En España hasta estos últimos tiempos se castigaba con el último suplicio al que osaba cazar en los sitios reales. Un predicador de Fernando VI, en un sermón que predicó en la capilla real, comenzó su razonamiento con esta panarra.... Jesucristo murió en la cruz por salvar á los hombres, y hoy va á morir un hombre por haber matado un conejo en el sitio de V. M. El Rey mandó en el momento suspender la ejecucion. Vaya una Gerundiada útil.*

un momento se vió despojado de su imperio, y casi sin arbitrio de recobrarlo, pues en la conspiracion entró la mayor parte de los príncipes que debieran socorrerlo; solo quedaron de su parte los Régulos de Culhuacán, Xaltocan, Cohuatlicán, y el de Huexótlá, pero las fuerzas de estos eran muy inferiores á las de sus enemigos. El pretexto que estos tomaron para la rebelion, fué el de haber abandonado *Quinantzin* la corte de Tenayócan por la de Texcoco. A este gran golpe, se añadió al mismo tiempo otro muy sensible, porque *Yohualtzintzin*, señor de *Cohuatepec*, se apoderó con engaño y traicion de la ciudad de Tlazalan, de la que el difunto Emperador habia hecho merced á su hijo natural *Tlacateotzin*, echándole de ella, y declarándose rebelde contra *Quinantzin*, levantó tropas para invadir por aquel lado el imperio.

En medio de tormenta tan desecha, *Quinantzin* mostró la elevacion de su ánimo: llevó con tolerancia los golpes de la suerte; no quiso empeñar á los Régulos sus aliados, ni á sus súbditos fieles, en guerra tan desigual, y solo pidió á los primeros le ayudasen á defender á Texcoco, y levantando las tropas que pudo de los segundos, cuidó de fortificarse en su reino para guardar prudentemente lo que le habia quedado, sin exponerse á perderlo todo si intentaba recobrar lo perdido. Yo entiendo que mudó de resolucion, porque tal vez concibió esperanzas de obrar activamente sobre los rebelados, pues el P. Clavijero dice: „que marchó con un grande ejército (*) y mandó decir á los gefes rebelados, que si su valor era igual á su perfidia, bajasen dentro de dos dias á la llanura de Tlaximalco, donde una batalla decidiría su suerte, y si así no lo hacian, estaba resuelto á incendiar sus pueblos, sin perdonar mugeres ni niños. Efectivamente, los rebeldes que estaban prevenidos, bajaron antes del término señalado á la llanura para ostentar su valor. Dada la señal del ataque, combatieron furiosa y obstinadamente unos á otros, hasta que la noche los separó, dejando indecisa la victoria. Así continuaron por cuarenta dias en frecuentes reencuentros sin desanimarse los rebeldes, á pesar de las ventajas que no cesaban de obtener las tropas de *Quinantzin*; pero viendo que la muerte y la desercion aceleraban el término de la ruina de los rebeldes, se rindieron á su Soberano que castigó rigorosamente á los gefes de los traidores, y perdonó á los pueblos su delito. Hizo lo mismo con el estado de Tepeapulco, que tambien se habia rebelado.

Siete ciudades fueron las rebeladas contra *Quinantzin*,

(*) *Tom. 1. pág. 94.*

mas tuvo la ventura de someterlas todas á la obediencia por medio de fieles generales, y de sufocar con poca pérdida suya el germen de la rebelion. Tamaños triunfos se celebraron por ocho dias en la córte con grandes regocijos, remunerándose con premios á los que mas se distinguieron por sus servicios. En esta sazón se presentaron varias cuadrillas de gente extranjera, entre ellas los Mexicanos, en demanda de tierras para poblar; éste será asunto largo, y materia de otra conversacion; referirlo ahora sería cortar el hilo de la historia. La muerte se nos presenta ya, con su minaz guadaña, á cortar el precioso hilo de la vida de *Quinantzin*, porque debia pagarle su tributo como todo mortal. Despues de tantos triunfos, en que no tuvo menos parte el valor que la prudencia, le atacaron unos fuertísimos dolores de cabeza y cuerpo, que no le daban punto de reposo, y además le aquejó una posturacion de fuerzas, acompañada de una melancolia profunda. En vano procuraban sus cortesanos distraerlo con juegos y bailes, y con lo que mas le agradaba, que era cazar en el bosque. Eran ya pasados cuatro meses, sin que pudiera sentir el menor alivio, ni aun moverse de la cama. Un dia que le rodeaban en ella su esposa, sus hijos, y los principales señores de su imperio, afligido de sus dolencias y de melancolia, lanzó un hondo suspiro; un cortesano que procuró consolarle, le dijo: Señor, ¿qué es lo que te aflige y da tanta pena? ¿No eres dueño de esta tierra? ¿No te alegra ver á tu cabezera á tu esposa é hijos? ¿No ves á tantos príncipes que siendo grandes señores en sus estados, en tu presencia son tus humildes súbditos? ¿Qué te aflige, pues, Señor?... diviértete, alegra, y disipa tus males.... *Quinantzin* le respondió: ¿de qué me sirve ser el mayor señor de esta tierra, y tener tanto poderío como acabas de decir, si todo él no alcanza á aliviar una pequeña parte de los dolores que me acaban la vida?... *Esta es dádiva del Dios criador, que me la ha conservado hasta ahora, y no sé cuando me la quitará; y pues nada de cuanto has dicho es capaz de dilatarmela ni un solo dia, quitáos allá todos, y dejadme morir.*" Acabando de pronunciar estas palabras, espiró á los 35 años de reinado, en Tenayócan (*), á fines del año de un conejo (segun *Veytia*), que corresponde al de mil doscientos noventa y ocho.

Mr. Jorge. Hé aquí la muerte de un Rey filósofo!

Doña Margarita. Tal me parece, porque efectivamente lo es un gentil que conoce en los últimos momentos de su exis-

(*) *El P. Vetancurt le dá sesenta años de gobierno.*

tencia que todo el poderío humano no es capaz de dilatarse ni por un solo dia, porque era dádiva del Dios criador que se la habia concedido. ¡Qué enérgico, qué expresivo y lleno de uncion es el language de un hombre moribundo! Yo querría (decia *Plinio*) que los hombres fuesen, durante su vida, lo que desean haber sido en su última hora. ¡Dichoso el que muere en el seno de una religion que le proporciona consuelos, y que le pone á la vista un Salvador lleno de merecimientos, pronto á perdonarle, y allanarle las puertas eternas de la gloria que él mismo abrió cuando consumó la grande obra de nuestra redencion!.... Terminémos por hoy esta plática, y no nos afijamos con la doble idea de nuestro último término, y con la pérdida de un príncipe virtuoso, que fué uno de los modelos mas brillantes de prudencia, sabiduría y valor de este continente. A Dios, Señores.

CONVERSACION VIGESIMA SEGUNDA

Doña Margarita. Solo el compromiso en que me hallé con *W.* me hace presentar aquí este dia: la mañana está ventosa, fria y húmeda, el cielo encapotado, y parece que hasta la naturaleza quiere cooperar á que hagámos el duelo de *Quinantzin*, al modo que se mostró sensible y llorosa cuando los ingleses de la India dieron sepultura al cadáver de *Typó-Sayb*, Sultán del Masur, muerto con gloria en defensa de la independencia, y libertad de su patria.

Myladi. Admiro la memoria de *V.* al recordar este suceso: á mí me conmueve, á pesar de que con su muerte y pérdida de sus estados se acrecentó el imperio británico: ¿de donde le viene á *V.* ese recuerdo?

Doña Margarita. Viéneme de que soy idólatra de los hombres de bien que se inmólan por su patria. ¡Ah! ¡Qué distante estará el Genio de *Typó-Sayb* de presumir que en México existe una muger que deplora su pérdida! Pero alejémos esta idea funesta, pues tenemos otra en qué ocuparnos, nos toca mas de cerca, y excita mas mi sensibilidad. Muerto *Quinantzin*, se hicieron con él algunas demostraciones que